



Max Urdemales, abogado sobrenatural



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Francisco Ortega, 2015
© de las ilustraciones,
Marcelo Pérez Dalannays, 2015

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Tercera edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-247-948-6
N° de Inscripción | 254.612

Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

Max Urdemales, abogado sobrenatural

FRANCISCO ORTEGA

Ilustraciones de
Marcelo Pérez Dalannays

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

*Para mis sobrinos
Valentina y Amaro.
Que ojalá sigan creyendo en monstruos
... y nunca dejen de hacerlo.*

«Los monstruos siempre tienen miedo...,
por eso son monstruos...»

Neil Gaiman

«Ángel de la guarda
dulce compañía
no me desampares
ni de noche ni de día...»

Oración popular

«Los vampiros existen...,
no todos son malos»

Batman

Monstruos de ayer, hoy y siempre

¿Te cuento un secreto? Los monstruos existen y están por todas partes. Si no los ves es porque ellos no quieren que los veas. Viven disfrazados, escondidos, tratando de llevar vidas normales; igual que tú y tu familia, que tú y tus amigos. Iba a decir que yo, pero mi vida es cualquier cosa menos normal; a pesar de que mi amigo Federico Guarda, que es muy inteligente y lee más que yo, siempre me dice que no existe lo normal, que es un convencionalismo (palabra que acabo de sacar de un diccionario) que inventó la gente mayor y aburrida de otras épocas.

Y yo le creo a Guarda.

¿Sabes qué más sucede con los monstruos? Que ellos nos tienen miedo. Mucho más que el que nosotros les tenemos a ellos, porque saben que nosotros somos reales. No como tú, que de seguro crees que los monstruos no existen, que son cuentos de niños, inventos de adultos para espantarnos. Bueno, algo hay de eso, es parte de la mala fama que tienen. Fama que sus enemigos se han encargado por años de difundir, logrando que nosotros (que somos bastante tontos) nos lo creamos. Es raro el asunto, pero si estás acá, leyendo la primera página de este libro (que al mismo tiempo es mi diario de

vida), debes saber que a partir de ahora nada será como pensabas. Porque —te lo advierto— acabas de ingresar al lado más extraordinario de todos los lados. Un lado que entre otras cosas, te enseñará a mirar mejor donde estás parado. Y de esa manera descubrir a los monstruos que te rodean. Porque, ya te lo dije, ellos están en todas partes; quizás viéndote cuando precisamente estés leyendo esta última línea, previo a llegar al tercer punto aparte de mi historia.

El señor de la panadería de la esquina, el que siempre está enojado y suele ser muy tacaño; ese que parece echar humo por las narices cuando se enfada. ¡Sí, ese mismo! Pues te cuento: no es humano, sino un dragón. Claro, toma esa forma para disimular y así poder convivir en este mundo sin que nadie lo moleste o lo asuste. Y ese es un gran motivo, pues ya te conté que ellos nos tienen susto. Es en serio, ¡créeme! ¿Sabías que los vampiros espantan a sus hijos con historias acerca de niños humanos con palos y antorchas? Eso me lo contó mi amiga Natalya, que es una vampira y a quien pronto vas a conocer. Estoy seguro de que te va a caer bien.

¿Más monstruos? Claro. Déjame pensar. El entrenador del equipo de fútbol del colegio, ese que tiene mucho vello en el pecho y barba espesa, que es muy ágil y no se le conoce familia... Exacto, adivinaste, es un hombre lobo. ¿Ves que no es tan difícil? A ver, qué más. Buen punto, esos niños que viven en la casa de mitad de cuadra, esos que

son muy flacos y largos; de seguro son zombis. Pero por favor no vayas a comentar nada al respecto, que de todos los monstruos, los zombis son los más sensibles. Lloran por todo. Les duele que el mundo entero crea que son muertos vivos, cuando lo cierto es que no están muertos ni vivos.

Sí, claro que existe el monstruo del lago Ness, también el del río Congo y el del lago Nahuel Huapi, al sur de Argentina. También el Yeti y todos sus primos gigantes y peludos, como Pie Grande, Sasquatch y los Patagones de Tierra del Fuego. Son iguales a Chewbacca, el de *La Guerra de las Galaxias*.

Esta es muy buena: ¿has visto o conocido a algún gato, sobre todo gato chico, que come y come, como si mañana se fuera a acabar el mundo, y a pesar de eso no engorda? Quizás algún veterinario te ha dicho que tiene parásitos. Pues no es así, esos gatos voraces son agujeros negros. En serio. A los agujeros negros les encanta asumir la forma felina, y mientras más cachorro, tierno y redondito, mejor. Así pueden comer y comer sin que nadie los moleste. Es que hay una sola cosa que a los agujeros negros les gusta más que alimentarse: que les hagan cariño. Son extraordinariamente melosos.

¿Que los agujeros negros son un fenómeno astronómico y no tienen que ver con los monstruos? ¿Quién te dijo eso? Correcto, lo leíste en un libro de astronomía o te lo contó tu profesor de física. Pues afírmate: la mayoría de los astrónomos y físicos son genios o *djinn*; por algo

enseñan física y esas cosas enredadas que a veces nos complican la vida.

Casi lo olvido. Mi nombre es Max Urdemales, tengo trece años y soy hijo de Pedro Urdemales, el hombre más inteligente que jamás pisó la Tierra. Por supuesto que cuando se inició todo yo pensaba que él era solo un personaje de cuentos, que no era real y que —¡mucho menos!— había sido mi padre. También creía que mi abuelo era mi abuelo y no un gólem de piedra. Eso era lo que me habían contado, ese era el orden en el que vivía hasta que vino la noticia que lo desordenó todo. Y mi nuevo trabajo, y mis nuevos estudios y los nuevos amigos, y también los enemigos que empecé a hacerme. Porque nada en esta vida es gratis, menos cuando descubres tu verdadera identidad... Y bueno, yo soy quien soy. Me decido a las leyes, ¿sabes? Soy abogado, pero no un abogado como puede ser tu papá, tu tío o tu hermano mayor. Lo mío es una clase muy distinta de derecho: mi cancha son las leyes sobrenaturales. Defiendo monstruos. Porque a veces los vampiros, dragones, ogros, trolls, sirenas, zombis, fantasmas y hombres lobo también se meten en problemas y necesitan que alguien los ayude. Para eso estoy yo. Imaginarás que no es algo que busqué y tienes toda la razón.

La carrera se inició hace un año, aquel día martes en que me peleé con Pascual Arancibia en medio del patio de la escuela, y una extraña tormenta se desató sobre la ciudad.

Una tormenta en el patio de la escuela

Cuando comenzó todo supe que era muy cierto aquello de que todos tenemos un ángel de la guarda. No como decía mi amigo Federico Guarda, quien de pequeño aseguraba que el ángel de la guarda era solo de él y su familia, y que el resto tenía un ángel con el apellido correspondiente. Este era un custodio real, uno que tomó mi brazo, empuñó mis dedos y los levantó contra la nariz de Pascual Arancibia. Porque si de algo estoy seguro, es que yo no di ese puñetazo. Y quien diga que fue la suerte no tiene idea de nada, menos de lo que es y en qué consiste la suerte.

Antes de seguir, un poco de historia. Pascual llevaba cuatro años molestándome. Bromas pesadas, sobrenombres degradantes, empujones, golpes en la espalda, zancadillas, fotos ofensivas en Facebook o Instagram y algo que él llamaba «la mordida de la cabra». Y no había nada peor que «la mordida de la cabra». Dos de sus secuaces te tomaban por la espalda para que no te movieras, él te arremangaba la camisa y luego te agarraba con dos dedos la piel, presionando para de esa manera hacer torsión en círculo hasta dejarte al rojo vivo y causarte un pequeño corte de carne. El dolor te provocaba gritar como un niño chico y, en mi caso, llorar.

Y eso no era lo peor. Solía subir una fotografía o video de su hazaña a alguna red social en la cual sus amigos te llenaban de adjetivos humillantes, esos que por nada del mundo quieres que descubra alguien de tu familia. Por suerte, mi abuelo nunca se metía a internet (no todos mis amigos tenían esa fortuna). Para peor, la marca no se iba nunca, continuaba ardiendo por días, mientras la piel pasaba del rojo al morado, y del morado a un tono verdoso. A veces, Pascual y sus amigos te revisaban la herida, y cuando esta entraba a la etapa del verde, te hacía de nuevo «la mordida de la cabra» para que la llaga permaneciera al menos por un mes. Era su manera de recordarte que era él quien dictaba las reglas en el patio del colegio. En efecto, era más alto y grande que la mayoría y nadie se atrevía a ponerse en su contra, más aun cuando su mamá era una de las inspectoras y él un tremendo actor, de esos que cuando lo acusaban improvisaba un *show* de llantos digno de teleserie mexicana, al cual se sumaban los alegatos de que nadie lo quería, que todos le teníamos mala.

Sé que es malo odiar, pero a los trece años vaya que odiaba a Pascual Arancibia. No me juzgues, ese sentimiento no tardó en esfumarse, después de todo, en cosa de unos días todo en mi vida iba a cambiar, incluida mi relación con Pascual y, de rebote, mi vínculo con todos los que compartíamos clases en la Escuela Anexa Universitaria para Hombres N° 1 de la ciudad.

Estar en un colegio solo para hombres tiene la ventaja de no tener que enfrentar día tras día la presión de estar rodeado de niñas, con todo lo que ello acarrea: las primeras vergüenzas, los primeros sueños bobos y esa aletargada pérdida de tiempo donde no haces nada porque una niña se te metió en la cabeza. La desventaja es que a veces los recreos se transforman en una selva, donde gracias a personajes como Pascual impera la ley del más fuerte.

¿Has visto los esquemas de la pirámide trófica o alimenticia? Donde arriba, en la punta, están los súper depredadores (leones y tigres), luego los depredadores (lince y lobos), y así hasta llegar a la escala más baja del hábitat, que a menudo son los insectívoros. Yo no era precisamente un insectívoro, pero me ubicaba en un punto medio entre pequeños y medianos herbívoros, una desventaja absoluta ante el súper depredador que era Pascual Arancibia.

No era primera vez que él me fastidiaba con el hecho de no tener padres y haber sido criado por un abuelo con fama de loco (coleccionista de estampillas y comentarista del clima y partidos de ajedrez en una radio local), pero ese día me hartó. No recuerdo la palabra exacta que usó, pero sí que me dolió mucho.

Descargué toda mi valentía interior, alimentada por la rabia, me di vueltas y lo empujé. En la escuela nadie lo hacía. Nadie se atrevía e iba a pagar caro mi falta.

Pascual me clavó sus ojos negros, redondos como huevo frito, y me plantó un puñetazo en la boca del estómago. No fue muy fuerte, pero igual sentí que todo lo que había comido desde ayer hasta el desayuno se me devolvía. Luego, un segundo y un tercer golpe, así seguidos, dejándome a punto de desfallecer. De hecho, estoy bastante seguro de que de haber tenido tiempo para un cuarto me habría derribado al suelo, tumbándome a medio morir saltando, en mitad del patio de la escuela.

Pero no le di tiempo para ese golpe final. Me agaché y cerré los ojos. Si iba a morir, moriría con honor, como los grandes héroes. Y ahí fue cuando lo sentí. Al ángel. Al ángel de mi guarda. Apretó mi puño derecho y lo levantó directo hacia arriba, con fuerza, como yo jamás habría podido hacerlo.

Todos tienen un punto vulnerable, hasta el más grande de los ogros, vaya que sé de eso ahora. Y Pascual, aunque no era un ogro (estoy muy seguro de ello), lo tenía en su nariz. Bastó un solo golpe al tabique para que el muchacho más bravo de la escuela se desplomara llorando y sangrando, entre la sorpresa —primero— y la burla —después— de todos los niños que se habían reunido a ver cómo me iba a moler a golpes.

Por supuesto que los inspectores no tardaron en llegar.

Y por supuesto, como yo estaba intacto (los puñetazos en el estómago no dejan marca) y Pascual sangrando, yo era el culpable. Más cuando nadie dijo nada, no

hubo testigos y las risas se convirtieron rápidamente en silbidos cómplices. A pesar de mi triunfo, Pascual seguía siendo el dueño del patio. Por ello no fue raro que ninguno de los que filmaban la pelea con sus celulares se atreviera a subirla a Facebook. Mi victoria había sido moral, pero invisible. Con el tiempo me acostumbraría a eso de las victorias invisibles.

Dos horas me tuvieron en inspección. La mamá de Pascual no me hablaba. Tampoco vio mi caso, más preocupada de la nariz de su hijo que no paraba su hemorragia. Me dejaron a cargo del señor Manríquez, que solo me hizo escribir en un cuaderno los quince reglamentos de la escuela unas quinientas veces, mientras me anotaba con rojo en el libro de comportamiento y me repetía que aún no se decidía si suspenderme o hacerme venir durante tres sábados seguidos a trabajos voluntarios, es decir, a ordenar los libros de la biblioteca, lo que no me parecía un castigo tan terrible. Algunos meses después sabría que Manríquez era un anfibio antártico, de ahí esas orejas suyas tan pisciformes.

Entonces apareció mi abuelo. Antes de verlo, lo escuché. Primero sus pasos arrastrados y pesados, y luego esas llaves que no podía mantener quietas. El llavero, el maldito llavero que chirreaba como la cadena de un fantasma en pena. Esa comparación, como entenderás más adelante, no tiene nada de gratuita. Y esa llave vieja y grande, terminada en cruz, que entonces me tenía

convencido era un recuerdo de la vieja casona patronal donde había crecido, tampoco.

Manríquez y mi abuelo se conocían. Solían juntarse una vez a la semana a jugar naipes, intercambiar estampillas, armar aviones y barcos de plástico, o a hablar de cosas que hablan los mayores, como guerras o partidos de fútbol. Por eso me extrañó que viniera, porque el inspector (en esa complicidad) me prometió que no lo iba a llamar. Pero ahí estaba, de pie al otro lado de la pared translúcida del cubículo de Manríquez, con su metro setenta de estatura y sus gruesos ciento diez kilos de peso; pelado y barbón, como una versión acalorada de Santa Claus.

Tocó dos veces a la puerta.

—Pero usted me dijo... —alcancé a reclamarle a Manríquez.

—Tú espera —me respondió el inspector—. Yo no llamé a Tito —ese era el nombre de mi abuelo.

Y de la nada, todo se oscureció.

No es que el día se volviera noche, pero casi. De un momento a otro, aquel tibio segundo martes de abril, con sol otoñal y cielo azulado, se nubló. Igual a como si alguien hubiese desplegado una capa de nubes encima de la ciudad. Fue tan repentino que imagino no fui el único que se asustó. Sé que Manríquez sintió algo parecido, porque antes de salir a recibir a mi abuelo, volvió a su ventana y miró hacia el exterior. Yo hice lo mismo. Desde

las ventanas de los salones de la escuela, profesores y alumnos también se asomaron a ver qué pasaba. En las casas y edificios vecinos sucedía exactamente lo mismo y, afinando la vista, era fácil descubrir a gente sacando fotos al cielo con sus teléfonos celulares. Eran nubes de tormenta, pero todos observaban como si lo que tapase la ciudad fuera una gigantesca nave extraterrestre.

—Va a llover —comenté.

—No te muevas —me ordenó Manríquez.

«A dónde me voy a mover», tuve ganas de responderle, pero me lo guardé.

Manríquez salió y fue a hablar con mi abuelo. Los vi conversar, mover las manos y cambiar las expresiones de la cara, como si haberle pegado a Pascual Arancibia resultara ser el mayor crimen del siglo. Era increíble cómo mi abuelo, el mismo que pasó toda la vida enseñándome a defenderme, se afectaba por mi falta, incluso guardó en un bolsillo de su pantalón su insoportable llavero. Finalmente, Manríquez le apoyó su mano en un hombro, que es como los amigos y conocidos siempre se dicen que todo va a estar bien.

Luego el inspector regresó a la oficina.

—Maximiliano —me dijo—. Ven conmigo, te vas a casa con tu abuelo. Vamos por tus cosas a la sala.

Cuando me encontré con mi abuelo traté de excusarme.

—Tata... —le dije.

—Está bien, Max —dijo él, interrumpiéndome—. Ya hablaremos. Ahora ve con tu inspector.

Afuera la temperatura había bajado mucho, a nivel invernal, y un viento arremolinado sacudía los álamos y cerezos del patio de la escuela.

—Parece un huracán —comenté, mirando al cielo.

Los nubarrones grises y negros conformaban una célula amenazante, igual que en esos videos de tormentas tropicales. Creí escuchar a Manríquez decir «es peor que eso», pero no estoy seguro.

El inspector me llevó a la sala. Entre los silbidos y burlas de mis compañeros, le indicó a la profesora que yo me retiraba y que no iba a venir a clases en los próximos días. Lo miré extrañado, pero no abrí la boca. Las burlas se convirtieron en un coro de «ohhhh». Solo Pascual, que había vuelto minutos antes, no emitió sonido. Apenas me miró, pero de alguna forma supe que desde ese día me había ganado su respeto.

—¿No dijo usted que no me iba a suspender, que íbamos a ver alternativas? —le pregunté a Manríquez, mientras avanzábamos por el pasillo, de regreso a inspectoría.

—No te he suspendido. Es otra cosa, Tito te explicará camino a casa —fue lo último que me dijo, antes de dejarme con mi abuelo.

En silencio salimos de la escuela y caminamos hasta al viejo Citroën 2CV de mi abuelo, estacionado a la vuelta

de la esquina. Esos autos en forma de medio melón que también llaman Citronetas, aunque él me explicó que la Citroneta original era otro modelo, uno al que le pusieron cajuela a imitación de un sedán y que se construyó bajo licencia en el norte del país. (Esta historia no tiene mucho que ver, así que no agregaré nada al respecto. Lo sé, lo tengo muy claro, soy en extremo disperso).

—En el asiento trasero está «el robin» —me dijo, así que lo primero que hice al subirme al auto fue quitarme la corbata y la chaqueta del colegio y ponerme «el robin» encima de la camisa blanca. Todos tenemos una segunda piel y «el robin» era la mía: un viejo polerón deportivo rojo con capucha y cierre, de esos que también llaman «canguro». Lo tengo desde los nueve años porque mi abuelo me lo compró grande y ahora recién me queda. A veces creo que lo he usado desde siempre. Me hace sentir seguro y cómodo esconderme bajo el gorro u ocultar las manos en los bolsillos grandes de los costados. No es nada del otro mundo, pero es muy mío y en ocasiones creo que es como mi armadura. El tata le puso «el robin», así con «el», no por el ayudante de Batman, sino porque, según mi abuelo, parece como de Robin Hood. Decía que así se imaginaba al noble ladrón del bosque de Sherwood, que solo me faltaba el arco. Es cierto. Cuando lo llevo puesto solo me falta el arco.

El abuelo bajó por la avenida principal hacia el centro de la ciudad.